

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA,

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES,

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, y que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también los pagos en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

8 de Setiembre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 17.

SUMARIO.

La ciencia más cierta. — ¡Dios! Poesía. — Los hombres no son tan malos — El toque de Ánimas, poesía. — Sección doctrinal, La senda del cielo.

LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR M. MATILDE BOURDON.

VIII.

PRUEBAS.

Efectivamente, desde aquel día Manuel halló en su hermano un buen amigo: el sacrificio que tan generosamente había hecho por él, había cautivado y conmovido tanto mas aquella alma hasta entonces indiferente, cuanto se trataba de

un sacrificio de dinero, único que fuese capaz Estéban de apreciar.

Dicho sacrificio fué dentro de poco motivo de grandes penas para Manuel. Las cosechas de los siguientes años no fueron buenas, y habían desaparecido todos sus ahorros. En medio de las privaciones domésticas á las que tenía que sujetarse, Manuel conservaba en el fondo del corazón una paz inalterable, una íntima confianza en Dios. «Hágase la voluntad del Señor,» exclamaba con frecuencia; y estas palabras lo decían todo.

«Dios sabe lo que me conviene, decía el piadoso colono, y esto me basta, Él quiere que yo sufra; luego esto es un bien para mí, luego estoy en el camino en que Dios me quiere, en que puedo agradarle... Esto es lo que pido; esto lo único que deseo. Yo no quiero padecer ni gozar;

lo que quiero es salvarme, ¡ahí está todo!»

El valor del cristiano fué sometido muy luego á una prueba mas ruda todavía. La hija de Manuel acababa de cumplir los doce años; él mismo la habia preparado con toda la solicitud y ternura de que era capaz para la primera Comunión, y por primera vez acababa de sentarse, pura como los ángeles, en el banquete del Salvador. Aquella misma noche, hallándose sola con su padre, Susanita, que así se llamaba la encantadora niña, le dijo:

—¿Con que ha pasado ya el día de hoy? ¡Ay! que desgracia! ¡Es el mas hermoso que he tenido en mi vida! Papá, ¿sabes en quien pensaba esta mañana y qué es lo que he pedido á Dios?

—No, hija mia, dímelo.

—Le he dicho que si habia de ofenderle y volverme mala, mas queria morir, y pienso que es asunto concluido. He rogado por vos, por mamá, por mi hermano José, y le he pedido que os concediera á todos la salud y su amistad; tambien he rogado por el tío Estéban, pidiendo para él la gracia de que cumpliera con el precepto pascual, porque él mismo dijo que no iba á comulgar por Pascua... y he ofrecido mi vida á Dios por él.

Algunos dias despues, la linda Susanita cayó gravemente enferma; atacada de una calentura maligna, bien pronto su estado fué desesperado. La pobrecita moria con la perfecta calma de la inocencia; el único objeto de sus pensamientos eran sus padres, y, con dulce sonrisa en sus descoloridos labios, les decia repetidas veces: «Papá, mamá, no se aflijan Vds... Madrecita, no llore V.; sus lágrimas me hacen daño... Si yo voy á ver á Dios, ya les quedará José... Tío Estéban, diga V. á papá que no ha de pasar pena por mi.»

Estos ingenuos y candorosos discursos redoblaban el dolor de los desgraciados padres; Ana no podia reprimir el suyo; Manuel, dotado de mayor firmeza, elevaba al Señor, desde el fondo de su destrozado corazon fervientes súplicas, y, mientras pedia misericordia, se preparaba al sacrificio que, en sus inescrutables designios, le exigía el Dueño de la vida y de la muerte.

Al octavo dia, despues de haber recibido los santos sacramentos, Susana espiraba en los brazos de su padre, toda gozosa y llena de confianza, diciendo con acento que partía el alma:

—Me separo de mi buen papá, pero es para ir á ver á Dios de quien tambien soy hija muy amada... No llores, mamá, porque voy á ser muy feliz... Cuando esté allí arriba, rogaré por vosotros y por mi tío Estéban. Y su alma voló al cielo con este grito de esperanza.

Manuel cerró los ojos de su adorada hija, y, despues de contemplar por algunos instantes aquel rostro pálido y frio, que á pesar de la gravedad de la muerte que lo iba invadiendo por momentos, conservaba todavía sus gracias, dijo en alta voz:

—Dios nos la habia dado, Dios nos la quitado; ¡bendito y alabado sea su santo nombre!

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamaba Ana, arrodillada á los pies de la cama; ¡qué dolor! ¡Pobre hija mia!

Manuel estrechaba á su digna compañera contra su corazon, y estuvieron llorando y orando juntos largo rato. Desde entonces la madre concentró toda su ternura, todo su cariño en José que tenia ocho años mas que su hermana y que, por consiguiente, entraba en los veinte. Este hijo único, era para sus padres objeto de las mas dulces esperanzas y al par de vivos temores: teniendo el candor, el valor y la fé de su padre, José justificaba las esperanzas que se habian fundado en él; pero por desgracia los acontecimientos no justificaban menos los temores, porque iba á llegar cuanto antes el fatal momento de la quinta, tan temido de las madres. ¡Cuántas oraciones y novenas precedieron á este día! Ana hizo voto de ir en romería á Nuestra Señora de Liesa, dirigiéndose con dulce esperanza á la Reina de las madres y al mismo tiempo Madre de los dolores. Tambien rogaba Manuel, á quien la vida de cuartel hacia temer por las costumbres y la fé de su hijo; y sin embargo, por particular disposicion de la divina Providencia que se complace en probar á los justos, sus oraciones no fueron atendidas. Á José le cayó uno de los primeros números; aquel excelente hijo volvió á casa á participar á sus padres la triste noticia, mas preocupado del dolor que sentirian aquellos que de su propia desgracia.

—¡Hágase la voluntad de Dios! dijo Manuel; hijo mio, consérvate hombre de bien y sé siempre cristiano.

—¡Hemos de querer lo que Dios quiere! dijo Ana ahogando sus sollozos, ¡hijo de mi alma, ámanos siempre!

Al cabo de un mes el nuevo soldado recibió orden de entrar en Caja. El redoble del tambor turbaba la paz habitual de las calles del pueblo; los quintos se esforzaban en ahogar sus penas á fuerza de beber, y procuraban ocultar las lágrimas de la partida bajo la máscara de una estrepitosa algazara. Jose no habia ido á reunirse con sus compañeros de desgracia; aprovechando con avidez los cortos instantes que le quedaban para disfrutar de la compañía de sus queridos padres,

estaba sentado aun cerca del hogar paterno. Su madre no se cansaba de mirarle con los ojos arrasados en lágrimas, mientras su padre le daba los últimos consejos.

—Huye del respeto humano, le decia, como de la peste, como de una cobardía, que es decirlo todo para un soldado. No te avergüences de hacer en el regimiento lo que haces en el pueblo: avergüenzate, sí, de toda palabra, de toda acción que no te atrevieses á hacer á mis ojos, ó á los de tu madre. Ama á Dios, sírvele como te lo prescribe en sus Mandamientos y en los de la Iglesia; obedece á los jefes, muéstrate cariñoso y servicial con tus compañeros, y, cueste lo que costare, cumple con tus obligaciones de cristiano y de soldado.

—Padre, cumpliré con mi deber, dijo sencillamente José.

—Y para ello, sobrino, imita á tu padre, dijo Estéban que se hallaba presente.

Aquel mismo dia partió José, y los dos esposos se quedaron tristes y solos, como en otro tiempo Tobias y su mujer, esperando la vuelta de su único y querido hijo, sumidos en el mas profundo dolor y elevando al cielo fervientes oraciones para que apartase de su cabeza todo peligro.

(Continuare)

M. MATILDE BOURDON.

¡DIOS!... (1)

Hunde en el polvo la orgullosa frente,
Miserable mortal, ante ese nombre:
Mi labio lo articula balbuciente;
Tiembla mi lengua, porque tiembla el hombre.

¡Y como no temblar! si estremecido
Lo repite tambien el ronco trueno,
Y hasta el rayo se apaga á ese sonido,
Y la nube desgarrar su ancho seno.

Si aun el cielo en que tiene su palacio,
Y aun la tierra que admira su grandeza,
Y aun el sol que se quema en el espacio,
Y aun el mar que se agita con fiereza;

Y aun las mil y mil chispas de diamantes
Que iluminan el ancho firmamento,
Como globos de luz centelleante...
Se estremecen al eco de su acento!

Que ese nombre gigante que resuena
Por el ancho perímetro del orbe
Y el hueco espacio conmoviendo llena,
Al mundo entero enmudecido absorbe.

Pero... ¡Dios! ¿quién es Dios? ¿quién le comprende?
¿Donde está? ¿quién le vé?... La tierra muda
El eco apaga que á mi voz se extiende,
Y en silencio girando le saluda.

Y la creacion entera, que le admira
Como al centro do emana su existencia,
Un tributo le rinde, mientras gira
Pregonando su sabia Omnipotencia.

Y le admira tambien el alma mia,
Y ante Él se humilla con amor profundo.
Y la mente arrobada se extasía
Ante ese sabio artífice del mundo.

Porque ¿qué inteligencia omnipotente
Dió á esos astros tan sabio mecanismo,
Y cubiertos de luz pausadamente
Rodar los hizo por el hondo abismo?

¿Quién impuso á ese mar la ancha barrera?
¿Quién al suelo cubrió de verde alfombra?
¿Quién marcó al tiempo su inmortal carrera?
¿Quién sacara á la luz de eterna sombra?

¿Quién dió á las aves su armonioso trino?
¿Quién dió murmullo al bullidor torrente?
¿Quién dió á la flor su tinte purpurino
Y con esencias perfumó el ambiente?

¿Quién, por fin, ese vívido destello
Dió por antorcha á la razon del hombre
Para hacerle mas grande, y puso el sello
En su frente de libre al darle nombre?

¿Quién sino Dios! El mismo á cuyo acento
Las tinieblas oscuras se rasgaron,
Y la luz se esparció en el firmamento,
Y millares de mundos se formaron.

¿Quién sino Aquel que dijo á la natura,
«Vive,» y su voz el eco repitiendo,
La creacion á moverse se apresura
Y cual péndulo síguese moviendo?

¿Quién sino Dios! ¡Oh ser incomprendible,
Sabio, justo, magnánimo y clemente,
Que existió sin nacer, siempre infalible,
E infinito y creador y omnipotente!

Fuerza increada que en su seno encierra
El secreto del ser, que de Él brotando
Se esparció por el aire, cielo y tierra,
Sus apartados ámbitos llenando.

Templo do habita la verdad mas pura,
Centro do emana la divina ciencia,
Do se labra la paz y la ventura,
Do principia y se acaba la existencia...

(1) Poesía leída por su autor en la Academia de la Juventud Católica de Granada, el día de su apertura.

Este es Dios. Y el hombre?... átomo viviente
De la inmensa creacion en que se agita,
¡Y hay quien alza hasta Dios la osada frente!
¡Y hay quien le ofende y sin cesar le irrita!

Miserable mortal, tú que la vida,
Tu organismo, tu ser, toda tu esencia
Se la debes á Dios, pues desprendida
Chispa del cielo es solo la existencia.

Tú que piensas y lates y en el mundo
Te sustentas tambien porque Él lo quiere,
¿Cómo en pago á su amor grande y fecundo
Tu lengua airada con baldon le hiere?

¿Crees, por ventura, que el que el orbe puso
Por cimiento á su alcazar sempiterno,
No podrá condenar tu ingrato abuso
Con un castigo sin igual y eterno?

¿Piensas que Aquel que el cielo desplegando
Lo tendió cual dosel sobre esos mundos,
No podrá, tu perfidia castigando
Arrollarlo y hundirte en los profundos?

¿No conoces que el polvo en que se asienta
Con orgullo tu planta despreciable
Si le place, podrá el que lo sustenta
Reducirlo á pavesas, miserable?...

Y si eres tú partícula perdida
De esa máquina inmensa en el espacio,
Invisible molécula que anida
En la alfombra de un mágico palacio;

Si eres solo un corpúsculo latente
De esta inmensa creacion ¿por qué, atrevido
Haces guerra á tu Dios osadamente?
¿Qué eres tú? ¿qué serás?... ¡Oh! lo que has sido.

Humo, polvo y no más: solo se encierra
En tu mísero ser un don preciado;
Tesoro que no debes á la tierra;
El aliento de Dios te lo ha legado.

Ese don es el alma que te alienta:
No la empañes del polvo que te envuelve.
Blasfemando de Aquel que la sustenta;
Que ella vino de allí y allí se vuelve.

Y tú, soberbio despreciable ateo,
Que te atreves á hollar la Omnipotencia,
Dí confundido y penitente ¡Creo!...
Ó no creas tampoco en tu existencia.

Rinde en el polvo tu cerviz altiva;
Ciega en el lodo tu blasfema boca;
Que á Dios se nombra solo con fé viva,
Á Dios no se maldice, á Dios se invoca.

PATRICIO FERNANDEZ ABRIL.

LOS HOMBRES NO SON TAN MALOS.

Si se toma nota de los asuntos que forman el tema más comun de las conversaciones, se verá que estas, por lo general, versan sobre la crítica, la censura ó la reprobacion de lo que se dice, de lo que se hace, y hasta de lo que se piensa, porque la intencion verdadera ó supuesta de la persona juzgada, influye, y mucho, en el modo de juzgarla. Si se habla de hombres públicos, es para encarecer lo mal que desempeñan su cometido; si de los particulares, para manifestar sus defectos. Uno es holgazán; otro, con perjuicio de su salud, trabaja más de lo que permiten sus fuerzas; éste es pródigo, avaro aquél; quién se deja pisar por falta de dignidad, quién se hace intolerable por su orgullo. De las mujeres puede decirse que bienaventuradas aquéllas de quienes no se habla.

En las publicaciones periódicas que no son científicas, se observa un hecho análogo: cargos, reprimaciones de unos á otros partidos, de unas á otras personas; y hasta en los libros no es raro ver que se deja ancho campo á la censura, ó cuando ménos á la crítica. Como todos son parte activa y pasiva á la vez, al mismo tiempo que censuran son censurados; y resulta que la atmosfera en que vivimos está saturada de reprobacion; parece que los hombres han nacido para hacer daño y hablar mal.

Pero siendo así, ¿cómo pueden vivir? Un pueblo, un país, un mundo en que el mal prepondera, ¿tiene condiciones de existencia?

Crímenes, vicios, infamias, locuras, errores, ignorancia, debilidades, ¿son elementos de prosperidad, ni aun de vida? No; y al investigarlo, al estudiar el organismo de las sociedades y notar que necesitan para no perecer cierta cantidad de bien, y ver que no perecen, la explicacion de su existencia es á la vez un consuelo. El mal, como una corriente desbordada de aguas inmundas, lleva en pos destrozos y pestilencia; todos al verle se apartan, se quejan, protestan, porque reciben disgusto y daño: el bien circula suavemente, como la sangre en un cuerpo sano, y da fuerza y da vida sin que se escuche ni se sienta: es armónico con nuestros gustos, con nuestros intereses, con nuestras aspiraciones, con nuestros sentimientos, con nuestra razon, y sólo cuando falta se rompe un equilibrio y hay desorden moral ó material y reprobacion y dolor.

A primera vista parece vil y repugnante sobre todo encarecimiento esta naturaleza humana, tanto más propensa á la censura que al elogio; pero mucho se atenúa el triste efecto de semejante observacion al considerar que, si el bien pasa desapercibido muchas veces, consiste en que forma parte integrante de nuestro sér, es idéntico á nosotros: en él, por él y con él existimos.

Las personas colectivas que se llaman pueblos, tambien están más dispuestas á la censura mútua que á tributarse elogios. Un español es holgazán é ignorante; un norte-americano interesado y grosero; un francés frívolo y vano; un inglés codicioso; un ruso bárbaro y cruel; un alemán visionario y frío, etc., etc. Se toma acta de los defectos: las buenas cualidades pasan desapercibidas.

Estas y análogas reflexiones nos ha sugerido el relato de un suceso que vamos á referir á nuestros lectores, y que, como otros semejantes, no podría verificarse si el hombre fuera lo que parece, á no considerar más que la reprobacion continua que recibe y que da.

El 5 de Abril de este año, en las minas de Tinewidd (Inglaterra) se oyó un grito inmenso, terrible, de esos que lanzan las muchedumbres cuando están conmovidas por un gran dolor: la causa era una inmensa masa de agua que, como si un río subterráneo se hubiera salido de madre, habia inundado la mina: los operarios huían despavoridos: desvanecida la primera impresion del pánico, se hizo la terrible pregunta *¿cuántos faltan?* Despues de pasar lista se vió que faltaban ocho. Exclamaciones de compañeros, ayes de amigos, sollozos de parientes y un triste murmullo de la multitud, como el eco de un gemido, siguieron al grito primero que anunciaba la catástrofe. No habia perecido en ella el director de la explotacion, que dice:—Antes de llorarlos es necesario ver si se pueden salvar.—¡Salvarlos! ¿Cómo es posible? El agua ¿no lo ha invadido todo? ¿No sale por la boca-mina? ¿No rebosa en los pozos? ¿No es absolutamente imposible que allí se pueda respirar?—No, responde el hombre de ciencia; la rapidez de la inundacion puede haber sido causa de que no saliera todo el aire, el cual, comprimido, resista é impida que en el lugar que ocupa penetre el agua, y allí, aunque con alguna molestia, pueden vivir los hombres. Las voces que demos para llamarlos serán inútiles; vamos á golpear el suelo, único lenguaje que es dado emplear; pero se necesita no hacer ningun

ruido, á fin de oír los golpes de la contestacion... ¡si hay quien pueda darla!

Ayes, sollozos, murmullos, todo cesa instantáneamente; parece haber enmudecido la multitud, que apenas se atreve á respirar. En medio de aquel silencio tan solemne y tan triste, empiezan á oírse los golpes que pudieran llamarse interrogadores, y que se repiten en vano en distintas direcciones: déjase pasar algun tiempo entre una y otra de estas extrañas preguntas, sin que se reciba su respuesta. Parece que llega al fin; no es ilusion, se han oido golpes debajo de tierra... La muchedumbre hace una exclamacion; se le impone otra vez silencio y calla para cerciorarse de la verdad; vuelven á oírse los golpes subterráneos; ya no hay duda; allí hay hombres que viven y esperan. ¡Esperad, sí, esperad! Aunque sois pobres y oscuros, no os dejarán perecer sin hacer por salvaros tanto como si fuerais ricos capitalistas y personas principales; ¡esperad!

Para sacar la gran masa de agua que impide acercarse á los desdichados, funcionan las bombas de vapor, pero no bastan: van en busca de las de otras dos minas; aún se necesitan más, y llega otra impulsada por una máquina locomóvil. Los que parten en demanda de auxilio y los que vienen á darle, ¡cómo corren, quisieran volar!... ¡Con que afán trabajan! Dejanse relevar con disgusto, teniendo mas voluntad que fuerza para continuar sin descanso tan penosa tarea. Agotada el agua por la parte que se ha calculado con exactitud que hay menos, y á la mayor proximidad del pozo, donde están los sepultados, ya solamente un macizo de ocho metros los separa de sus libertadores: redobla el ardor de éstos... el obstáculo desaparece... y abrazan á los que han salvado!

Pura, santa alegría que dura poco: al lado de los hombres vivos hay un cadáver: al abrir la comunicacion, el aire comprimido se precipitó hacia ella, y el primero que corrió á salir fue arrojado con tal violencia, que murió del golpe. Pero no es esta desdicha sola: faltaban ocho obreros, y allí no hay más que cinco. ¿Qué ha sido de los otros? Se oyen golpes, nuevos golpes repetidos que piden socorro. Pero al escuchar de dónde salen, al calcular la inmensa masa de agua (1) y el macizo de 40 metros que sepulta á los infelices, hay un momento en que ya no se

(1) Las bombas elevaron 34.196 toneladas de agua á una altura de 290 piés.

piensa en salvarlos por parecer imposible que no se mueran de hambre ántes de poder llegar á ellos. Este desaliento dura poco, el rumor de agonia que sale del centro de la tierra resuena en el corazon como jamás resonaron las más elocuentes voces: se sufre, se teme; pero no se vacila, no se calcula si será inútil aquella actividad febril, casi furiosa. Hay que llegar, sí, es preciso llegar á donde están aquellos hombres; hay que abrazarlos vivos ó verlos muertos y siquiera poder decir:

—¡Dios sabe que hemos hecho cuanto nos fué posible por salvarlos!

Se envían brazos pero no pueden llegar á donde suenan los golpes. Vuelven á funcionar las bombas: no hay descanso ni de noche ni de día, ni en muchas noches ni en muchos días. ¿Cuántos pasaron desde que aquellos tristes yacen sepultados? No se pueden contar sin pavor, porque van... ¡siete! Siete días sin comer, á oscuras, respirando aire comprimido: por un lado el agua contenida como un monstruo que amenaza siempre; por otro la tierra que va á servirles de sepultura, y sobre el alma todos los recuerdos de una existencia que amaban, todas las angustias de un fin horrendo... Su única esperanza es el ruido que perciben; su corazon les dice bien que le hacen sus libertadores; cada vez se oye más cerca; sí, no es ilusión; lentamente, pero avanzan, y esto los conforta: aunque mueran, no morirán desesperados y maldicientes; cada golpe es como una voz de consuelo, y aquel esfuerzo de sus hermanos, aunque sea inútil para darles vida, suavizará los horrores de muerte como una palabra de amor...

Y la muerte parece inevitable... Las fuerzas les faltan... exánimes ya no pueden hablar para alentarse mutuamente en las tinieblas...

Como toda la actividad de sus sentidos parece concentrada en uno solo, éste adquiere una increíble perspicacia. Además de los golpes fuertes, perciben un ruido sordo y continuo que se acerca más rápidamente. Se oye á pocos metros... á pocos pasos... el instrumento que le produce ha roto la tierra que sienten caer... Quieren apoderarse de él por el instinto del naufrago, que se agarra de todo lo que puede coger su mano; pero el perforador se retira, dejándolos suspensos y confusos. No permanecen así mucho tiempo. Perciben un nuevo ruido en el agujero practicado; es un tubo del que empieza á salir caldo, leche y vino... Restauran sus fuerzas en aquella

fuelle para ellos de vida; ya tienen alientos para hablar, no pueden... La emoción embarga su voz; se han conmovido profundamente, y con lágrimas en los ojos caen de rodillas dando gracias á Dios y á los hombres...

Se creen en salvo: ya no tienen que temer el hambre, é ignoran que al establecerse la comunicación, la corriente de aire puede estrellarlos como á su infortunado compañero. Pero sus libertadores saben el peligro, pueden evitarle y le evitan; el arte y la ciencia les dan medios para ello: ¡benditas sean!

¿Quién es aquella mujer que no se aparta de noche ni de día de las bombas, que mide con su corazon el agua que ha salido y la que falta, cuyos ojos inmóviles como los de un cadáver, clavados en la tierra, quieren penetrar lo que bajo ella pasa? Parecería una estatua sin los estremecimientos convulsivos que la agitan. ¿Quién es? Una madre, una pobre madre que hace siete días tiene sepultado vivo al hijo de sus entrañas. Basta ver la expresión de su dolor infinito, para trabajar con ardor, sin descanso, porque no le arrebatase la muerte aquél de quien está pendiente su vida. Es un niño, sí, un niño, arrojado por la necesidad en las lóbregas profundidades de aquella caverna. Cuando al fin le abraza y desfallece, más de un hombre que ya no creía tener lágrimas llora...

¿Y quiénes son esos obreros, esos ingenieros, esos industriales que en nueve días de fatiga incesante, han empleado tanto trabajo, tanta inteligencia, tanto dinero, para salvar á ocho pobres y oscuros trabajadores? ¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman? Tienen un grande y hermoso nombre. Se llaman *La Humanidad*. Los que intentáis perfeccionarla, no la calumniéis. Sed severos, sí, muy severos, con sus faltas: pero al mismo tiempo, compadecer sus dolores y no desconocáis sus virtudes. (1)

CONCEPCION ARENAL.

(1) Los hechos están exactamente tomados del periódico científico inglés titulado *The Engineer*.

BALADA.

EL TOQUE DE ÁNIMAS.

I

—De amor y dicha sediento
 Á tu reja solitaria
 Llego y para mi tormento
 Está cerrada de intento,
 Mientras rezas tu plegaria.

Te llamo con dulce afán
 Y mi afán es ilusorio:
 Mudadas las puertas están,
 Mientras tus súplicas van
 Al cielo ó al purgatorio.

Mal haya tu rezo, amen;
 Mi ardiente amor lo condena;
 Que, buscando en tí un Eden,
 Soy, por tu necio desden,
 En tu reja ánima en pena.—

—Calla, que rezo á los muertos.—
 —¿Aunque á mi amor no le cuadre?—
 —No murmures desaciertos,
 Que vá con pasos inciertos
 Quien no ruega por su madre.—

—Me quieres?—

—Como á mi vida.—

—Pues no hagas mas tu oracion:
 Que espere el alma afligida,
 Como hiena maldecida
 Á orillas de un panteon.

Lloras? ¡Luz de mi ventura!
 Montes el amor allana,
 De hoy mas veré tu hermosura
 Antes que en la torre oscura
 Suene la triste campana.—

—¡Jamás!—

—¡Oh mujer de hielo!

Y qué es mi amor para tí!—

—Vida, luz, dicha que anheio—

—Y tu oracion?—

—Es el cielo.—

—Pues busca la dicha allí.—

Y, levantando el embozo
 Á la altura de las cejas,
 Alejóse airado el mozo,
 Dejando eclipsado el gozo
 De la niña entre las rejas.

II

Nublado está el cielo
 La noche es oscura,
 La luna no rompe
 La negra espesura;

El viento en las calles
 Medroso murmura;
 Y envuelto en la capa
 Bizarro garzon
 Camina, sintiendo
 Las cuitas de amor.

Cual ronca tormenta,
 Que ruge y estalla,
 Cual ola furiosa
 Que asalta la valla
 De rocas gigantes
 Del Ponto muralla,
 Llegose á la reja
 Que há noches dejó,
 Y airado y potente
 La puerta empujó.

Y al punto en la torre
 Con sonos inciertos
 Que traen memoria
 De mil desaciertos,
 Sonó la campana,
 Que llora á los muertos;
 Y frente á la reja
 Miró con horror
 Cadáver helado
 La niña que amó.

Las manos cruzadas;
 Los ojos dormidos,
 Los luengos cabellos
 Sedosos tendidos
 Y cerca del féretro
 Los cirios temidos,
 Que arrojan al rostro,
 Do muere el amor,
 De luces confusas
 Sinistro fulgor.

Entonce el mancebo
 Cobarde, medroso,
 Mirando en la niña
 Del cielo el reposo,
 Dobló la rodilla,
 Rezó silencioso;
 Y el llanto del alma
 Copioso brotó,
 El rostro surcando
 Del triste garzon.

Y en tanto voz de consuelo
 Se oyó que decia así:
 —Ya está calmado mi anhelo
 Morí... por volar al cielo,
 Ven, que la dicha está aquí.—

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Oh! eso es horrible, exclamó la Marquesa agitada: ¿y pudo V. consentir...?

—Hasta ayer no lo he sabido, señora.

—Como!

—Dios ha querido que comprenda al par la enormidad de mi falta y las desgracias que ocasioné.

—Explíquese V porque si nó, no nos vamos a entender.

—Oigame V. E. y perdóne si tomo un poco largo el hilo de mi narracion. Hace algunos años, bastantes ya, vivia un hombre honrado y trabajador en una gran finca, en la cual se hallaba como capataz ó encargado de los negocios de un señor solo, rico y anciano en cuya compañía vivian él y su esposa, llamada Dolores, sirviéndole y cuidándole ambos con todo el respeto y el amor de unos verdaderos hijos.

D. Damian, que así se llamaba el anciano, habia tenido un capricho bien singular.

Ausente muchos años del pueblo, y habiendo llegado á adquirir durante su ausencia una regular fortuna, habia querido volver al fin y pasar los años de su vejez, donde habian trascurrido los de su infancia.

Peró él, que habia salido de la aldea pobre, y volvía acomodado, tuvo la ocurrencia de querer saber el cariño que por sí mismo, y sin consideracion á sus doblones, le profesaban aquellos individuos de su familia á quienes iba á volver á encontrar.

Con esta idea, se presentó un dia en el pueblo solo, sin criado alguno, mal vestido y con todo el aspecto de un infeliz.

Hizo correr la voz de que á mas de enfermo y viejo venia completamente arruinado, á pedir un asilo á los parientes que quisieran apiadarse de él.

Con esto, señora, sucedió lo que era lógico y usual. D. Damian no encontró á nadie que quisiera reconocerle como primo, como tio, ni aun como amigo siquiera. ¡La pobreza es mala carta de recomendacion para ser bien recibido el que la presenta!

Solo una infeliz mujer, antigua criada de su casa, fué á verle, le abrazó llorando de alegría, y le ofreció un lugar en su humilde casa, y un sitio en su mesa.

La fidelidad de aquella buena anciana conmovió profundamente el corazón de D. Damian, y se juró á sí mismo pagar con creces aquel cariño.

Aceptó su ofrecimiento y se fué á vivir con ella y su hijo, que se habia casado hacia poco, pero que trabajaba con anhelo para mantener á su esposa y á su madre.

D. Damian esperó aun algunos dias; queria estar cierto de la ingratitud y el egoismo de sus parientes, y de la bondad de la pobre familia que le habia abierto sus brazos.

Los unos se mantuvieron en su retraimiento, hasta el extremo de verle y no responder á su saludo: los otros redoblaban cada momento su afan de servirle y complacerle.

Un dia, y no abrigando ya duda de lo que se propusiera saber, llamo á la anciana y le manifestó su resolucion de alejarse por algunos dias.

—Señor, le dijo ella con los ojos llenos de lágrimas, ¿á donde vá V. á ir? es verdad que aquí no está tan bien como debiera, que mi hijo gana muy poco, y que la casa es bien incómoda, pero ya nos estrecharemos, y veremos de proporcionarle alguna mas comodidad, Lorenzo quiere trabajar algo mas para eso, y sobre todo nuestro cariño suplirá la escasez de nuestros recursos. Oh! no se vaya V., no se vaya V.

D. Damian conmovido estrechó la mano de aquella mujer, y le dijo con dulce acento,

—Me voy para volver en breve: espéreme V. dentro de ocho dias.

Y salió de aquella casa y del pueblo, donde no se le vió en aquella semana.

El domingo siguiente y poco depues de salir de misa, un carruaje se detenía en la puerta de Lorenzo, con asombro de todos los habitantes del pueblo.

De él bajó D. Damian, bien vestido, y con el aspecto de una persona rica y satisfecha.

Entró en la pobre casa, y abrazó á su vez á su antigua criada, diciéndole en presencia de algunos curiosos que se habian acercado,

—Vamos, yo no soy tan pobre como aparentaba y aun puedo recompensar la fidelidad y el desinteresado cariño de V.

Y antes de que salieran de su asombro les hizo saber que habia comprado una gran casa de campo á un extremo de la aldea, la cual se encargaría Lorenzo de dirigir, y á donde en aquella misma hora debía trasladarse la familia toda, pues ya estaba amueblada y dispuesta para recibirla.

Figurese V. E. señor la alegría y el asombro de aquellas buenas gentes.

Se hizo todo segun ordenó D. Damian, repartiendo entre otros infelices mas necesitados que ellos el pobre ajuar de la pequeña casa.

—Segun es, preguntó la Marquesa, su protector les dió?...

—Todo; lo único que se llevaron fué un cuadro con la imagen de nuestra Señora de los Dolores, á la cual tenia la esposa de Lorenzo gran devocion, y del que por nada del mundo se hubiera separado.

—Continúe V.

—Desde aquel dia todo fué dicha en la granja de don Damian, Sus protegidos le miraban como á su providencia, y él veía en ellos unos hijos cariñosos. Solo la muerte de la anciana madre de Lorenzo vino á turbar por algun tiempo aquella tranquila felicidad.

—Y bien? interrogó la Marquesa que estaba impaciente por conocer el fin de aquella historia.

—Pasaron algunos años; yo estaba colocado en la granja como mozo de labranza, y aun que no queria del todo bien á Lorenzo porque nunca nos dejaba de la mano y nos hacia trabajar sin descanso...

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.